Las Aventuras *de* Pinocho

Historia de una marioneta

CARLO COLLODI

Traducción de Francesca Barbera Kipreos



PRÓLOGO

Por Francesca Barbera Kipreos

En el capítulo XXVII de Las aventuras de Pinocho, un grupo de niños que se han escapado de clases se enfrasca en una guerra de libros. Entre los desafortunados volúmenes figuran dos del propio Collodi, *Minuzzolo* y *Giannettino*. Al igual que Pinocho, ambos son obras didácticas, cuyo fin manifiesto parece ser guiar a los niños por la senda de la virtud; aquí, su fin manifiesto es volar por los aires, dejar moretones y terminar mordisqueados por peces.

¿Qué hace este episodio en un libro que suele catalogarse como un sermón fabulado? ¿Habrá imaginado Collodi un destino similar para Pinocho y sus enseñanzas? A juzgar por sus dificultades para terminar la historia, es probable que incluso lo haya deseado. Más allá de sus posibles intenciones, la escena ilustra la tensión que atraviesa a Pinocho y hace de ella una obra de una complejidad enorme en un disfraz simple; es decir, la obstinación de la vida por desbordar cualquier moraleja y la insuficiencia de toda moraleja para dar cuenta de la vida.

Pinocho es un libro desconcertante. Detrás de cada aventura se asoma la risa, seguida de cerca por la muerte. Las intervenciones moralizantes del narrador se ven constantemente opacadas por la irrupción de personajes vívidos y situaciones disparatadas que le otorgan a la obra una libertad casi anárquica. Crecer se presenta como una experiencia aterradora y, al insertarse en un universo violento y cruel, la misma virtud llega a parecer cruel y violenta.

Tal ambivalencia es inesperada en un libro para niños, pero quizás en ella se encuentre la clave de su histórica popularidad entre ellos: Pinocho no insulta su inteligencia, algo raro en este mundo hecho por y para adultos. La infancia no se mira con nostalgia, sino con simpatía: ser niño cuesta. Es imposible negar la relevancia de esto para una época como la nuestra, en la que ser niño es sinónimo de ser vulnerable e ignorado con demasiada frecuencia.

Evidentemente, algunos aspectos de Pinocho resultarán incómodos para el lector moderno. En cierto sentido somos más viejos que la obra. Por ejemplo, su compromiso con el poder dignificador del trabajo y su fe en la escuela como órgano garantizador de progreso son de una ingenuidad amarga en una sociedad acostumbrada a los diarios fracasos de la meritocracia. Sin embargo, todo quien haya asumido la dura tarea de hacerse más humano en un mundo imperfecto reconocerá que es del conflicto entre la experiencia y ficciones como estas —llámense roles de género, doctrinas religiosas o moralejas— que nos hacemos grandes. En el viaje a la vez cómico y traumático del pedazo de madera que anhela ser un niño "como se debe" y se equivoca a cada paso podemos encontrarnos todos.

I

Cómo fue que el Maestro Cereza, carpintero, encontró un pedazo de madera que lloraba y reía como un niño.

—Había una vez...

—¡Un rey! —dirán enseguida mis pequeños lectores.

—No, niños, se han equivocado. Había una vez un pedazo de madera.

No era una madera de lujo, sino un simple pedazo de leña, de esos que en invierno se meten en las estufas y en las chimeneas para prender fuego y calentar las habitaciones.

No sé cómo fue, pero el hecho es que, un buen día, este pedazo de madera apareció en el taller de un viejo carpintero cuyo nombre era Maestro Antonio, aunque todos lo llamaban Maestro Cereza a causa de la punta de su nariz, siempre lustrosa y morada como una cereza madura.

Apenas el Maestro Cereza vio aquel pedazo de madera, se puso bien contento y, frotándose las manos de alegría, masculló a media voz:

—Esta madera llegó en el momento justo; quiero aprovecharla para hacer la pata de una mesita.

Dicho y hecho, tomó de inmediato un hacha afilada para empezar a quitarle la corteza y pulirla, pero, cuando estaba a punto de dar el primer hachazo, se quedó con el brazo suspendido en el aire, porque oyó una vocecita, muy pero muy bajita, que decía, rogando:

—¡No me pegues tan fuerte!

¡Imagínense cómo quedó ese buen viejo del maestro Cereza! Recorrió toda la habitación con los ojos extraviados para ver de dónde diantres podía haber salido esa vocecita, ¡y no vio a nadie! Miró debajo de la banca, y nadie; miró dentro de un armario que siempre estaba cerrado, y nadie; miró en el canasto de las virutas y el aserrín, y nadie; abrió la puerta del taller para echarle también un vistazo a la calle, y nadie. ¿Y entonces...?

—Entiendo —dijo riendo y rascándose la peluca—, se ve que esa vocecita me la he imaginado yo. Volvamos a trabajar.

Y, retomando el hacha, le propinó un golpe de lo más solemne al pedazo de madera.

—¡Ay! ¡Me has hecho daño! —gritó, lamentándose la misma vocecita.

Esta vez el Maestro Cereza se quedó de piedra, con los ojos desorbitados del miedo, la boca abierta y la lengua colgando hasta el mentón, igual que el mascarón de una fuente.

Apenas recuperó el habla, empezó a decir, temblando y tartamudeando de miedo:

—Pero ¿de dónde habrá salido esta vocecita que dijo «ay»?... Si aquí no hay un alma. ¿Acaso será que este pedazo de madera ha aprendido a llorar y lamentarse como un niño? ¡Yo no me lo creo! Esta madera, esta misma, es leña para la chimenea, como todas los otras, para echarla al fuego y hervir una olla de porotos... ¿O será... que alguien se ha

escondido dentro? Si hay alguien escondido, peor para él. ¡Ya lo pondré yo en su lugar!

Y, mientras decía así, agarró con ambas manos al pobre pedazo de madera y empezó a aporrearlo sin misericordia contra las paredes de la habitación.

Después se puso a escuchar, por si acaso oía alguna vocecita que se lamentara. Esperó dos minutos, y nada; cinco minutos, y nada; diez minutos, ¡y nada!

—Entiendo —dijo entonces, esforzándose por reír y despeinándose la peluca—. ¡Se ve que esa vocecita que dijo «ay» me la imaginé yo! Volvamos a trabajar.

Y, como le había entrado mucho miedo, se puso a canturrear para envalentonarse un poco.

Mientras tanto, dejó el hacha a un lado y tomó el cepillo para cepillar y pulir bien la madera; pero, mientas la cepillaba de arriba abajo, escuchó la misma vocecita, que le dijo riendo:

—¡Para! ¡Me haces cosquillas en el estómago!

Esta vez el pobre Maestro Cereza cayó al suelo como fulminado. Cuando volvió a abrir los ojos, se encontró sentado en el suelo.

Su rostro parecía transfigurado, e incluso la punta de la nariz, de tan morada que estaba casi siempre, se le había puesto azul de tanto susto.

II

El Maestro Cereza le regala el pedazo de madera a su amigo Geppetto, que se lo lleva para hacerse una marioneta maravillosa que sepa bailar, practicar esgrima y hacer saltos mortales.

En ese momento tocaron a la puerta

—Pase —dijo el carpintero, sin fuerzas para ponerse de pie.

Entonces entró en el taller un viejito muy vivaz cuyo nombre era Geppetto, pero los niños del vecindario, cuando querían hacer que montara en cólera, lo llamaban por el sobrenombre de Polenta, a causa de su peluca amarilla, que se parecía muchísimo a la polenta de maíz.

Geppetto era muy temperamental. ¡Ay de quien lo llamara Polenta! Inmediatamente se convertía en una bestia y no había cómo contenerlo.

—Buenos días, maestro Antonio —dijo Geppetto—. ¿Qué hace echado en el suelo?

—Estoy enseñándoles a las hormigas a usar el ábaco.

—Buena suerte con eso.

—¿Quién lo ha traído a mi casa, compadre Geppetto?

—Las piernas. Sabe, maestro Antonio, vine a pedirle un favor.

—Aquí estoy, dispuesto a servirlo —replicó el carpintero, alzándose sobre las rodillas.

—Esta mañana se me metió una idea en el cerebro.

—Escuchémosla.

—Se me ocurrió hacerme una linda marioneta de madera, pero una marioneta maravillosa, que sepa bailar, practicar esgrima y hacer saltos mortales. Con esta marioneta quiero dar la vuelta al mundo para ganarme un mendrugo de pan y un vaso de vino. ¿Qué le parece?

—¡Bien, Polenta! —gritó la misma vocecita que no se entendía de dónde salía.

Al oírse llamar Polenta, el compadre Geppetto se puso rojo como un pimentón de la rabia y, volviéndose al carpintero, le dijo, enfurecido:

—¿Por qué me ofende?

—¿Quién lo ofende?

—¡Me dijo Polenta!

—No fui yo.

—¡Habré sido yo entonces! Le digo que fue usted.

—¡No!

—¡Sí!

—¡No!

—¡Sí!

Y, acalorándose cada vez más, pasaron de las palabras a las manos, se agarraron de los pelos y se arañaron, se mordieron y se aplastaron.

Cuando terminó el combate, el Maestro Antonio se encontró entre las manos la peluca amarilla de Geppetto, y

Geppetto se percató de que tenía en la boca la peluca gris del carpintero.

—¡Devuélveme mi peluca! —gritó el maestro Antonio.

—Y tú devuélveme la mía, y hagamos las paces.

Después de que cada uno hubo recuperado su propia peluca, los dos viejitos se estrecharon la mano y juraron seguir siendo buenos amigos por toda la vida.

—Entonces, compadre Geppetto —dijo el carpintero, en señal de paz—, ¿qué favor quiere de mí?

—Quisiera un poco de madera para hacer mi marioneta ¿me la da?

El maestro Antonio, muy contento, fue enseguida a tomar del banco el pedazo de madera que había sido razón de tantos de sus miedos.

Pero, cuando estaba a punto de entregárselo a su amigo, el pedazo de madera dio una sacudida y, escapándosele violentamente de las manos, fue a dar con fuerza en las escuálidas canillas del pobre Geppetto.

—¡Ay! ¿Con tanta amabilidad, maestro Antonio, regala usted sus cosas? ¡Casi me deja cojo!

—¡Le juro que no fui yo!

—¡Entonces habré sido yo!

—La culpa es toda de esta madera

—¡Sé que es culpa de la madera, pero es usted el que me la tiró a las piernas!

—¡Yo no se la tiré!

—¡Mentiroso!

—Geppetto, no me ofenda. ¡Si no, le digo Polenta!

—¡Asno!

—¡Polenta!

—¡Burro!

—¡Polenta!

—¡Mono feo!

—¡Polenta!

Al oírse llamar Polenta por tercera vez, Geppetto perdió los estribos, se abalanzó sobre el carpintero, y los dos se molieron a palos.

Cuando terminó la batalla, el maestro Antonio se encontró con dos arañazos más en la nariz, y el otro, con cuatro botones menos en el chaleco. Saldadas de este modo sus cuentas, se estrecharon la mano y juraron seguir siendo buenos amigos por toda la vida.

Finalmente, Geppetto tomó su famoso pedazo de madera y, tras darle las gracias al Maestro Antonio, volvió cojeando a su casa.

III

De vuelta en casa, Geppetto comienza de inmediato a fabricar la marioneta y le pone el nombre de Pinocho. Primeras travesuras de la marioneta.

La casa de Geppetto era un cuartito en una planta baja que recibía luz del ventanuco de una escalera. El mobiliario no podía ser más simple: una silla mezquina, una cama maltrecha y una mesita ruinosa. En la pared del fondo se veía una chimenea encendida, pero el fuego estaba pintado y, junto al fuego, estaba pintada una olla que hervía alegremente y emanaba una nube de humo que parecía de verdad.

En cuanto entró a casa, Geppetto tomó las herramientas y se puso a tallar y confeccionar su marioneta.

—¿Qué nombre le pondré? —se dijo—. Lo quiero llamar Pinocho. Este nombre le traerá fortuna. Conocí una familia entera de Pinochos: Pinocho el padre, Pinocha la madre y Pinochos los niños, y a todos les iba bien. El más rico de ellos pedía limosna.

Cuando le hubo encontrado nombre a su marioneta, empezó a trabajar en serio y de inmediato le hizo el cabello, la frente y los ojos.

Terminados los ojos, imagínense su asombro cuando se percató de que se movían y lo miraban fijo fijo.

Al verse observado por aquellos dos ojos de madera, Geppetto se sintió casi molesto y dijo con tono ofendido:

—Ojotes de madera, ¿por qué me miran?

Nadie respondió

Entonces, después de los ojos, le hizo la nariz; pero la nariz, apenas hecha, empezó a crecer y creció, creció, creció y en pocos minutos se convirtió en una narizota que no terminaba nunca.

El pobre Geppetto se esforzaba en cortarla, pero, mientras más la acortaba y recortaba, más larga se hacía aquella nariz impertinente.

Después de la nariz le hizo la boca.

La boca aún no estaba terminada cuando empezó a reír y burlarse de él.

—¡Deja de reír! —dijo Geppetto, irritado, pero fue como hablarle a una pared.

—¡Deja de reír, te repito! —gritó con voz amenazadora.

Entonces la boca dejó de reír, pero le sacó la lengua entera.

Para ahorrarse los problemas, Geppetto fingió no darse cuenta y siguió trabajando. Después de la boca hizo el mentón; luego el cuello, los hombros, la barriga, los brazos y las manos.

Apenas hubo terminado las manos, Geppetto sintió que le arrancaban la peluca de la cabeza. Levantó la mirada y ¿qué vio? Vio su peluca amarilla en las manos de la marioneta.

—¡Pinocho! ¡Devuélveme de inmediato mi peluca!

En vez de devolverle la peluca, Pinocho se la puso en su propia cabeza y se quedó medio ahogado debajo de ella.

Ante estos modales insolentes y burlones, Geppetto se puso triste y melancólico como nunca lo había estado en su vida y se volvió hacia Pinocho:

—¡Diablo de niño! ¡Aún no estás terminado y ya empiezas a faltarle el respeto a tu padre! ¡Mal, hijo mío, mal! —le dijo.

Y se enjugó una lágrima.

Aún quedaban por hacer las piernas y los pies.

Cuando Geppetto hubo terminado de hacerle los pies, sintió que le llegaba una patada en la punta de la nariz.

—¡Me lo merezco! —se dijo entonces—. ¡Debí pensarlo bien antes! ¡Ahora ya es tarde!

Después tomó a la marioneta por debajo de los brazos y la puso sobre el piso de la habitación para hacerla caminar.

Pinocho tenía las piernas rígidas y no sabía moverse, y Geppetto lo llevaba de la mano para enseñarle a dar un paso detrás de otro.

Cuando las piernas se le soltaron, Pinocho se puso a caminar por sí solo y a correr por la habitación, hasta que, atravesando la puerta de entrada, saltó a la calle y se dio a la fuga.

El pobre Geppetto se puso a correr tras él sin poder alcanzarlo, porque el travieso de Pinocho andaba a los saltos como una liebre y, al golpear con sus pies de madera sobre el empedrado de la calle, hacía un escándalo como de veinte pares de zuecos de campesinos.

—¡Agárralo! ¡Agárralo! —gritaba Geppetto, pero, al ver a esta marioneta de madera que corría como un caballo de carreras, la gente que estaba en la calle se detenía encantada a mirarla y reía, reía, y reía, no se pueden imaginar cómo.

Al final, y por fortuna, apareció un carabinero que, escuchando todo ese jaleo y creyendo que se trataba de un potro que se le había desbocado a su dueño, se plantó valerosamente

en medio de la calle con las piernas bien abiertas, resuelto a detenerlo e impedir que sucedieran desgracias mayores.

Pero Pinocho, cuando vio de lejos al carabinero, que bloqueaba toda la calle, se las ingenió para pasarle por sorpresa entre las piernas, pero fracasó en el intento.

El carabinero, sin siquiera moverse, simplemente lo pescó de la nariz (era una narizota desproporcionada, que parecía hecha a propósito para que la atraparan los carabineros) y se lo entregó en sus propias manos a Geppetto, quien quería darle inmediatamente un buen tirón de orejas como corrección. Pero, imagínense cómo quedó cuando, al buscarle las orejas, no logró encontrarlas. ¿Y saben por qué? Porque, en el apuro de esculpirlo, se le había olvidado hacérselas.

Entonces lo agarró por el pescuezo y, mientras lo llevaba de vuelta, le dijo, sacudiendo amenazadoramente la cabeza:

—Nos vamos inmediatamente a la casa. ¡Cuando lleguemos, que no te quepa la menor duda que sacaremos nuestras cuentas!

Ante esta insinuación, Pinocho se tiró al suelo y no quiso seguir caminando. Mientras tanto, los curiosos y los ociosos empezaban a pararse en los alrededores y a formar grupos.

Quién decía una cosa, quién otra.

—¡Pobre marioneta! —exclamaban algunos—. ¡Tiene razón de no querer volver a casa! ¡Quién sabe cómo le pegaría ese hombrón de Geppetto!

Otros añadían maliciosamente:

—¡Ese Geppetto parece un caballero, pero es un verdadero tirano con los niños! ¡Si le dejan a esa pobre marioneta entre las manos, es muy capaz de hacerla pedazos!

En resumen, dijeron e hicieron tantas cosas que el carabinero volvió a dejar en libertad a Pinocho y se llevó preso

al pobre Geppetto, quien, sin palabras para defenderse, lloraba como un ternero y balbuceaba entre sollozos mientras se dirigía a la cárcel:

—¡Hijo desgraciado! ¡Y pensar que he sufrido tanto para convertirlo en una marioneta como se debe! ¡Pero me lo merezco! ¡Debí haberlo pensado antes!

Lo que sucedió después es una historia tan extraña que parece increíble, y se las contaré en el resto de los capítulos.

IV

La historia de Pinocho con el Grillo-parlante, donde se ve que los niños malos no toleran que los corrija quien sabe más que ellos.

Les contaré, niños, que mientras conducían al pobre Geppetto sin culpa alguna a la cárcel, ese pillo de Pinocho, libre de las garras del carabinero, se dio a la fuga por los campos para llegar a casa más de prisa. En el frenesí de la carrera, saltaba laderas altísimas, setos de arbustos y zanjas llenas de agua, tal como podría haber hecho un cabrito o un lebrato perseguido por cazadores.

Al llegar frente a la casa, encontró la puerta de calle entreabierta. La empujó, entró y, apenas hubo puesto el cerrojo, se tiró al suelo y dejó escapar un gran suspiro de satisfacción.

Pero aquella satisfacción duró poco, porque escuchó en la habitación a alguien que hacía:

—¡Crí-crí-crí!

—¿Quién me llama? —dijo Pinocho asustado.

—¡Soy yo!

Pinocho se dio vuelta y vio un gran grillo que subía lentamente por la pared.

—Dime, Grillo, y tú ¿quién eres?

—Yo soy el Grillo-parlante y vivo en esta habitación desde hace más de cien años.

—Pero ahora esta habitación es mía —dijo el muñeco— y, si quieres hacerme un gran favor, ándate ahora mismo sin siquiera mirar hacia atrás.

—No me iré de aquí —respondió el Grillo— sin primero haberte dicho una gran verdad.

—Dímela y lárgate.

—¡Pobres de aquellos niños que se rebelen contra sus padres y abandonen caprichosamente la casa paterna! Nunca les irá bien en este mundo y, tarde o temprano, se arrepentirán amargamente.

—Sigue cantando, Grillo mío, como te parezca y te plazca, pero lo que yo sé es que mañana me marcharé de aquí al alba, porque si me quedo me sucederá lo mismo que a todos los otros niños; es decir, me mandarán a la escuela y, por gusto o por fuerza, me tocará estudiar. Y yo te digo en confianza que no tengo ninguna gana de estudiar y que me divierte más perseguir mariposas o trepar árboles para sacar a los pajaritos de sus nidos.

—¡Pobre tontorrón! Pero ¿no sabes que, si haces eso, cuando seas grande te convertirás en un magnífico asno y que todos se burlarán de ti?

—¡Cállate, Grillacho de mal agüero! —gritó Pinocho.

Pero el Grillo, que era paciente y filosófico, en vez de tomarse a mal esta impertinencia, continuó con el mismo tono de voz:

—Y, si no te gusta ir a la escuela, ¿por qué al menos no aprendes un oficio, para así ganarte honestamente un mendrugo de pan?

—¿Quieres que te lo diga? —respondió Pinocho, que empezaba a perder la paciencia—. Entre los oficios del mundo no hay más que uno que me guste realmente.

—¿Y cuál sería este oficio?

—El de comer, beber, dormir, divertirme y llevar una vida de vagabundo de la mañana a la noche.

—Para que sepas —dijo el Grillo-parlante con su tranquilidad habitual—, todos los que ejercen este oficio terminan casi siempre en el hospital o en la cárcel.

—¡Ten cuidado, Grillacho de mal agüero! ¡Pobre de ti si me haces montar en cólera!

—¡Pobre Pinocho! ¡De verdad me das lástima!

—¿Por qué te doy lástima?

—Porque eres una marioneta y, lo que es peor, porque tienes la cabeza de madera.

Ante estas últimas palabras, Pinocho se paró enfurecido de un salto, tomó un martillo de madera del banco y lo descargó contra el Grillo-parlante.

Quizás ni siquiera creía que lo golpearía, pero desgraciadamente le dio justo en la cabeza, tanto así que al pobre Grillo apenas le quedó aliento para hacer «crí-crí-crí» y se quedó ahí, aplastado y pegado a la pared.

V

Pinocho tiene hambre y busca un huevo para hacerse una tortilla, pero en el momento menos esperado la tortilla sale volando por la ventana.

Mientras tanto, empezó a caer la noche y Pinocho, recordando que no había comido nada, sintió en el estómago un aullido que se parecía muchísimo al apetito.

Pero el apetito en los niños camina rápido y, en efecto, después de pocos minutos el apetito se convirtió en hambre y, en un abrir y cerrar de ojos, el hambre se convirtió en un hambre de lobo, un hambre que se podía cortar con cuchillo.

El pobre Pinocho corrió rápidamente a la chimenea, donde había una olla que hervía, e intentó destaparla para ver qué había dentro, pero la olla estaba pintada en la pared. Imagínense cómo quedó. Su nariz, que ya era larga, se le alargó al menos cuatro dedos más.

Entonces se puso a correr por la habitación y a hurgar por todos los cajones y todas las alacenas en busca de un poco de pan, aunque fuera un poco de pan duro, una corteza, un hueso de sobra para el perro, un poco de polenta

enmohecida, una espina de pescado, un cuesco de cereza, en fin, cualquier cosa para masticar, pero no encontró nada, la gran nada, la nada misma.

Mientras tanto, el hambre aumentaba y seguía aumentando, y al pobre Pinocho no le quedaba más alivio que el de bostezar. Daba unos bostezos tan largos que a veces la boca le llegaba hasta las orejas y, después de darlos, escupía y sentía que el estómago se le desvanecía.

Entonces, llorando y desesperándose, decía:

—El Grillo-parlante tenía razón. Hice mal en rebelarme contra mi papá y huir de casa... ¡Si mi papá estuviera aquí ahora no estaría muriéndome a bostezos! ¡Ay, qué fea enfermedad es el hambre!

De repente, en medio de un montón de aserrín le pareció ver algo redondo y blanco que se asemejaba mucho a un huevo de gallina. De un solo salto se abalanzó sobre él: era un huevo de verdad.

Es imposible describir la alegría de la marioneta: hay que saber imaginársela. Casi creyendo que era un sueño, le dio vueltas al huevo entre las manos, lo acarició y lo besó y, besándolo, dijo:

—¿Y ahora cómo lo coceré? ¡Haré una tortilla! ¡No, es mejor hacerlo al plato! O ¿no sería más sabroso si lo friera en una sartén? ¿Y si mejor lo hiciera a la copa? ¡No, lo más rápido es hacerlo al plato o en la sartén! ¡Tengo demasiadas ganas de comérmelo!

Dicho y hecho, puso una sartén sobre un brasero lleno de rescoldos encendidos, en vez de aceite o mantequilla derramó en la sartén un poco de agua, y, cuando el agua empezó a echar vapor, ¡tac!, rompió la cáscara del huevo e hizo el gesto de echarlo a la sartén.

Pero, en lugar de la clara y la yema, salió un pollito muy alegre y ceremonioso, que, haciendo una linda reverencia, dijo:

—¡Mil gracias, señor Pinocho, por haberme ahorrado el esfuerzo de romper la cáscara! ¡Hasta luego, que esté bien y muchos saludos a su familia!

Dicho esto, estiró las alas, salió volando en dirección a la ventana abierta y se perdió de vista.

La pobre marioneta se quedó ahí, como embrujada, con los ojos en el vacío, con la boca abierta y con la cáscara del huevo en la mano. Cuando se repuso del primer asombro, empezó a llorar, a chillar, a golpear los pies contra el suelo de desesperación y, llorando dijo:

—¡Al final el Grillo-parlante tenía razón! ¡Si no me hubiera escapado de casa y si mi papá estuviera aquí, ahora no me estaría muriendo de hambre! ¡Ay, qué fea enfermedad que es el hambre!

Como el estómago le gruñía más que nunca y no sabía qué hacer para acallarlo, se le ocurrió salir de casa y escaparse al pueblito vecino, con la esperanza de encontrar alguna persona caritativa que le diera como limosna un poco de pan.

VI

Pinocho se queda dormido con los pies en el brasero y a la mañana siguiente se despierta con los pies completamente quemados.

Por supuesto, hacía una noche infernal. Tronaba muy pero muy fuerte, relampagueaba como si el cielo se estuviera incendiando, y una ventolera fría y revoltosa que silbaba rabiosamente y levantaba una inmensa nube de polvo hacía chirriar y crujir todos los árboles del campo.

Pinocho le tenía mucho miedo a los truenos y los relámpagos, pero el hambre era más fuerte que el miedo, por lo que entornó la puerta de la casa, se puso a correr y en un centenar de saltos llegó al pueblo con la lengua afuera y jadeante como un perro de caza.

Pero encontró todo oscuro y desierto. Las tiendas estaban cerradas, las puertas de las casas estaban cerradas, las ventanas estaban cerradas, y en la calle no había ni un perro. Parecía el país de los muertos.

Entonces, presa de la desesperación y del hambre, Pinocho se colgó de la campanilla de una casa y comenzó a tocar